

y pedir prestada una biblia. Tampoco basta ser un actor respetado o, aunque más no sea, famoso. Hay que llevar el sentido de la responsabilidad y la auto-crítica hasta donde el público se lo merece.

Tal vez este comentario parezca una burla. Pero cabe preguntarse: ¿qué es el montar una tremenda máquina de propaganda, cobrar \$ 150 la platea y no dar nada en cambio? ♦

los incendiarios

● JUAN CARLOS BRIE

EN el Teatro San Telmo, el Grupo el Sur ha estrenado la pieza del epígrafe, tres actos del autor suizo Max Frisch.

Al la casa de Gottlieb Biedermann (buen hombre, en español), llega un día un vagabundo, Schmitz, solicitando alojamiento. Biedermann, rico fabricante de perfumes, que acaba de despedir a Knechtling, antiguo empleado, ordena a Anna, la sirvienta, que eche al visitante, pues supone que se trata de uno de los incendiarios que operan en la ciudad. Antes de que la muchacha pueda cumplir su encargo, Schmitz se hace presente, intimidando al dueño con su presencia. Obtenida la autorización para dormir en el altillo, Schmitz hace entrar a su amigo Eisenring, con quien, esa noche, introducen varios tambores de nafta en el altillo. Biedermann y su mujer tienen la seguridad de que los huéspedes son dos incendiarios, pero el temor les impide denunciarlos. En un intento de aplacarlos, les ofrecen una comida opípara, al término de la cual, los incendiarios piden a Biedermann fósforos. Este se los da. Por la noche y pese a la defección de un cómplice —un intelectual— los incendiarios cumplen su cometido con toda eficacia.

El epílogo muestra a los Biedermann en el infierno, junto a la viuda Knechtling (cuyo marido se ha suicidado a raíz del despido), esperando al demonio para discutir su situación, dado que se consideran inocentes. El demonio, que no es otro que Eisenring, vuelve furioso del

cielo, a donde ha ido a protestar por la injusta —a su juicio— distribución de las almas, efectuada por Dios. En un raptó de cólera, ordena apagar el infierno y decide volver a la tierra, a proseguir su labor incendiaria.

Esta apretada síntesis no puede dar la pauta de los grandes valores contenidos en la pieza de Frisch. Construida en la línea de Bertold Brecht, impresiona por su sólida construcción y su denso contenido intelectual. Aunque hombre de izquierda, Frisch revela una fuerte independencia de criterio, que lo hará aparecer un herético o un desviacionista a los ojos de quienes juzgan la obediencia ciega a un partido o a un programa, como la virtud primordial del hombre. La verdad es que Frisch castiga a todo el mundo. Los dos primeros actos están destinados a mostrar los defectos del matrimonio Biedermann, "burgués de medio pelo", según Eisenring, y de los incendiarios, a quienes, sin ambages, podemos identificar con los comunistas. El tercer acto, en cambio, vuelca la crítica sobre la iglesia y sus dignatarios, a quienes acusa de connivencia con los verdaderos pecadores.

Durante toda la pieza, se dicen cosas duras, de una ironía ácida y que llaman a la reflexión. La obra toda es una advertencia. Si no queremos que el mundo se transforme en un infierno, habrá que cambiar. Y no debemos temer al cambio. Pero éste debe realizarse desde adentro, para que no nos lo impongan, compulsivamente, desde afuera.

Biedermann, que tan implacable es con Knechtling, el empleado que lo ha servido durante años y ha contribuido a su riqueza, es blando, por temor, con los incendiarios, que lo desprecian. El pequeño burgués satisfecho no alcanza a comprender que es peligroso cerrar los ojos a la realidad y pactar con el enemigo, cuando nadie piensa en cumplir lo pactado. Los incendiarios, a su vez, tienen un estricto sentido de clase. Desconfían de su cómplice, el intelectual, porque éste aspira a cambiar la estructura del mundo, aún a costa de los incendios. Para ellos, no son otra cosa que diversión, revancha.

La obra tiene aciertos. La escena en que el intelectual, arrepentido, fracasa en su intento de prevenir a la Sra. Biedermann, es de un patetismo extraordinario. El diálogo es gracioso e incisivo.

Einsenring dice a Biedermann, cuando éste le pregunta el por qué de su actitud incendiaria: —¿Ud. sabe lo que es un trauma? —y ante su negativa, agrega: —Yo tampoco sabía. Eso lo aprendí después, en la cárcel.

La dirección de Carlos Gorostiza, muy eficiente. Movió con soltura a los intérpretes. Tal vez no haya aprovechado al máximo las posibilidades del coro de bomberos, pero este detalle no desmerece el excelente trabajo realizado. Betto Giannola en Einsenring, cumple una labor extraordinaria. Muy bien Zelmar Gueñol en Biedermann y Angela Ferrer Jaimes en su esposa. Correctos los demás.

Párrafo aparte para la acertada escenografía de Luis Diego Pedreira. Las luces y efectos especiales, acordes con la calidad del espectáculo presentado. ♦

el comprador de horas

● PEDRO MIGUEL FUENTES, S. J.

EL teatro Ateneo nos entregó esta obra de Jacques Deval, traducida por José María Pemán. La trama simple en su contextura: un barrio oscuro al borde del recién abierto canal de Panamá (año 20). El Chorrillo es el escenario de toda la acción. El Padre Miguel, sacerdote vasco, irrumpe en el ambiente prostibulario con todo el ímpetu de su raza hispánica y todo el fuego de su amor a Dios. Rolanda, vasca francesa, es la oveja descarriada y rebelde. El Padre Miguel va a buscarla a su reducto y se entabla entre ellos un duelo vasco que quiere canalizar al de Dios con el demonio. El recurso del sacerdote es comprarle horas; el definitivo de ella: pasar esas horas de duelo en su propia habitación. Quien triunfe dispondrá del vencido. Toda la ciudad se conmueve;

interviene la autoridad eclesiástica. El Padre Miguel es recluso, pero su retirada coincide con su triunfo. Rolanda abandona su vida desastrosa y retorna a aldea natal.

Sería largo comentar el drama de Deval y su enfoque del problema. El desafío del vasco Miguel y la reacción de Rolanda serán todo lo vasco que se quiera, pero, puesto que el planteo corre dentro de lo que es una teología pastoral, no nos parece acertado en nuestro ambiente.

Hay en el sacerdote vasco una exaltación de dudosa religiosidad; un concepto de un Dios puramente justiciero y terrible que nos traslada demasiado al mundo jansenista. Es cierto que Dios se vale del instrumento tal cual él se le ofrece, pero se corre el riesgo de interpretar la